

¿Pandemia espiritual?

Queridos hermanos,

¡¡Feliz Navidad!!

Una felicidad que se repite año tras año -siempre nueva- porque la gran noticia que una noche -por primera vez- resonó en los oídos de unos humildes pastores de Belén sigue resonando nueva en nuestros oídos hoy, sin que lleguemos a acostumbrarnos.

Cada Navidad trae circunstancias interiores y exteriores distintas, en nuestra existencia. Situaciones familiares, profesionales, sociales... íntimas, que son diversas. La vida va cambiando y también nos cambia. Ya es el tercer año que la celebración de la Navidad se ve fuertemente condicionada, para todos, por la pandemia. Hay otra pandemia peor, esa pandemia espiritual que tiende a marginar a Dios y el misterio de la Navidad: a ocultarlo, a silenciarlo sin saber ya qué celebramos y llenando ese vacío de ruido, algarabía y consumismo sin sentido.

Hemos de aceptar con fe estas pruebas físicas y morales, como María y José aceptaron las pruebas, sufrimientos y condicionantes de la primera Navidad. Todos estos sufrimientos y condicionantes no deben impedir que nuestro corazón se llene de nuevo de la gran alegría anunciada por el ángel a los pastores, al escuchar el sencillo relato del nacimiento del Hijo de Dios de las entrañas purísimas de su Madre, María. ¡Admirarnos! ¡Maravillarnos! Como si fuera la primera vez.

Anoche proclamábamos el Evangelio de san Lucas, que nos narraba con detalle las circunstancias históricas del nacimiento de Jesús.

Todas las circunstancias de aquel nacimiento único nos hablan al corazón, alimentan nuestra fe, esperanza y amor: el viaje de Nazaret a Belén; María a punto de dar a luz; José en busca de un lugar para el parto, el Niño que nace, los pañales y el pesebre, el anuncio a los pastores y su apresurada visita al portal. Nosotros vamos detrás de ellos hacia ese portal de Belén, llevando también nuestros regalos, sobre todo el regalo de una vida cristiana coherente y auténtica.

Como bien sabemos, san Lucas encuadra el nacimiento de Jesús dentro de la historia general del mundo entonces conocido. El emperador Augusto había logrado instaurar en sus enormes dominios un largo periodo de paz, conocida en la historia como la Pax Augusta, pero esa paz se logró después de muchas guerras, de mucho sometimiento, de mucha esclavitud. El empadronamiento era una señal, por parte del emperador Augusto, de su dominio del mundo entonces conocido, de su "orgullo militar y político" podríamos decir, pero de ello se sirvió Dios para que se cumplieran las Escrituras, pues estaba escrito por medio del profeta Miqueas que el Mesías debía nacer en Belén de Judá (cf. Mt 2,5).

Pero hoy la Iglesia pone a nuestra consideración el prólogo del evangelio de san Juan. Aquí, san Juan calla las circunstancias históricas para colocarnos, como "de sopetón", ante el gran Misterio. San Juan enlaza con el relato de la creación, que encontramos en los primeros capítulos del libro del Génesis para proclamar que Dios ha creado el mundo por su Palabra. En

el Antiguo Testamento la Palabra y la Sabiduría existían en Dios y participaban en la creación y gobierno del mundo. Pues bien, esa Palabra, esa Sabiduría es personal, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Hijo de Dios vivo, que vino a este mundo; que se hace “carne”, es decir, que se ha revestido de nuestra humanidad, asumiendo todas sus debilidades, incluso la muerte.

Dios inaugura en Belén una presencia personal y sensible entre los hombres. Su “gloria”, en otro tiempo invisible, se deja ver a través de la humanidad del Hijo, que revela plenamente la misericordia y fidelidad del Padre, haciéndonos hijos de Dios, si queremos recibirle.

El papa Francisco está insistiendo en esta Navidad en la humildad. El Hijo de Dios vino en la humildad de nuestra carne. Hemos de recibirle en la humildad de los pastores y de los magos para “nacer de Dios”. Pidamos al Señor humildad verdadera para vivir “en la verdad”, como decía santa Teresa de Jesús.

Vamos juntos al portal para aprender esa humildad y ese espíritu de amor y de servicio, que es la verdadera grandeza, de José, María y el Niño.

+ Celso Morga Iruzubieta
Arzobispo de Mérida-Badajoz